

“PENSAR COMO UNA MONTAÑA” Y “SOBRE UN MONUMENTO A LA PALOMA”

**“PENSANDO COMO UMA MONTANHA” E “SOBRE UM MONUMENTO AO
POMBO”**

“THINKING LIKE A MOUNTAIN” AND “ON A MONUMENT TO THE PIGEON”

Fecha de envío: 25 de abril de 2021

Fecha de aceptación: 30 de mayo de 2021

Aldo Leopold (1887-1948)

Destacado ecólogo, naturalista, silvicultor y filósofo estadounidense (Burlington, Iowa). Fue profesor de la Universidad de Wisconsin. Su obra más importante es *A Sand County Almanac* (1949).

Traducido por Celina Sofía Ugrin

Licenciada en Letras Clásicas. Universidad Nacional de Córdoba. Instituto de Humanidades-CONICET.
Email: celinaugrin@gmail.com

“Pensar como una montaña” y “Sobre un monumento a la paloma”

Aldo Leopold (Traducido por Celina Sofía Ugrin)



Aldo Leopold (Iowa 1887–Wisconsin 1948) fue una reconocida figura en la gestión de la fauna y la conservación de la naturaleza silvestre en Estados Unidos, en el momento en que el aumento abrupto de la población y la industria impulsó la reflexión sobre los efectos de la actividad humana. *A Sand County Almanac*, obra póstuma a la que dedicó sus últimos años, reúne ensayos y relatos de su vida en el campo que expresan con gran sensibilidad y lucidez sus cavilaciones sobre la naturaleza y el progreso. Desde una concepción no antropocéntrica, el autor plantea una nueva relación de los humanos con el entorno y expande la ética a toda la comunidad biótica. Tanto “*Thinking like a Mountain*”, unos de sus escritos con mayor repercusión, como “*On the Monument to Pigeon*” son muestras del pensamiento de Leopold, considerado precursor de la ecología profunda.

Palabras clave: Aldo Leopold, naturaleza, progreso, ecología profunda.

Aldo Leopold (Iowa 1887–Wisconsin 1948) foi uma reconhecida figura na gestão da fauna e conservação da natureza silvestre nos Estados Unidos, quando o aumento abrupto da população e da industrialização impulsionaram a reflexão sobre os efeitos da ação humana. *A Sand County Almanac*, obra póstuma na qual dedicou seus últimos anos, reúne ensaios e relatos de sua vida no campo que expressam com grande sensibilidade e lucidez suas meditações sobre a natureza e o progresso. Desde uma concepção não antropocêntrica, o autor propõe uma nova relação dos humanos com o entorno e expande a ética a toda a comunidade biótica. Tanto “*Thinking like a Mountain*”, um dos seus escritos com maior repercussão, como “*On a Monument to the Pigeon*” são demonstrações do pensamento de Leopold, considerado precursor da ecologia profunda.

Palavras-chave: Aldo Leopold, natureza, progresso, ecologia profunda.

Aldo Leopold (Iowa 1887–Wisconsin 1948) was an important figure in the fauna management and the conservation of the wilderness in U.S.A. at the time when a sudden increase in population and industry led to reflect on the effects of the human activity. *A Sand County Almanac*, produced during the last years of his life and published after his death, collects essays and tales about his residence in the countryside, and sensitively and lucidly expresses his worry about nature and progress. From a non-anthropocentric view, the author lays out a new relationship between humans and the environment and spreads the notion of ethics that includes all biotic community. Both “*Thinking like a Mountain*”, one of his most celebrated writings, and “*On the Monument to Pigeon*” show Leopold’s thought, proving him a precursor of deep ecology.

Key Words: Aldo Leopold, nature, progress, deep ecology.

“Pensar como una montaña” y “Sobre un monumento a la paloma”

Aldo Leopold (Traducido por Celina Sofía Ugrin)



“Pensar como una montaña”²⁴⁹

El eco de un profundo chillido bronquial retumba de risco a risco, rueda montaña abajo y se disuelve en la negrura lejana de la noche. Es un estallido de aflicción que se reniega salvajemente y también de desprecio por todas las adversidades del mundo. Cada ser que vive (y quizás muchos muertos también) acata ese llamado. Para el ciervo es un recordatorio del camino de toda carne; para el pino, un pronóstico de las riñas de medianoche y de la sangre sobre la nieve; para el coyote, una promesa del espiguelo que vendrá; para el vaquero, una amenaza de tinta roja en el banco; para el cazador, el desafío del colmillo contra la bala. Sin embargo, por detrás de estas esperanzas y temores obvios e inmediatos, yace un sentido más profundo, conocido solo para la montaña misma. Solo la montaña ha vivido lo suficiente para escuchar objetivamente el aullido de un lobo.

Aquellos incapaces de descifrar este sentido oculto saben, sin embargo, que existe, porque se siente en todo el país de los lobos y distingue a ese país de todas las otras tierras. Es un hormiguelo en la columna de todos los que oímos a los lobos durante la noche o los que vemos sus huellas durante el día. Incluso sin ver ni oír lobos, está implícito en cientos de pequeños sucesos: en el relincho de un caballo de carga a medianoche, en el traqueteo de las rocas que se desmoronan, en el salto de un ciervo fugaz, en la forma de las sombras que yacen bajo las píceas. Solo un terco ignorante puede no sentir la presencia o la ausencia de lobos, o negar que las montañas tienen una opinión secreta sobre ellos.

Mi propia convicción sobre esto data del día en que vi a una loba morir. Estábamos almorzando en lo alto de un risco, a cuyos pies un turbulento río se abría camino a recodos. Vimos lo que pensamos que era una cierva que vadeaba el torrente con su pecho cubierto de agua espumosa. Cuando trepó la ribera hacia nosotros y sacudió su cola, nos dimos cuenta de nuestro error: era una loba. Otra media docena, evidentemente sus cachorros crecidos, brotó de los sauces y todos se aglomeraron en una melé de bienvenida de colas que meneaban y vapuleos juguetones. Era literalmente un montón de lobos que se retorcían y revolcaban en el centro de un bajío despejado al pie de nuestro risco.

En esos días jamás habíamos oído de dejar pasar la chance de matar a un lobo. En un segundo estábamos tirando plomo contra la manada, pero con más excitación que precisión: cómo apuntar un disparo cuesta abajo es siempre confuso. Cuando nuestros rifles estuvieron vacíos, la loba mayor se desplomó y un cachorro arrastraba una pierna entre rocas infranqueables.

Llegamos a la loba mayor a tiempo para ver un feroz fuego verde extinguirse en sus ojos. Advertí en ese momento —y lo sé desde entonces— que hubo algo nuevo para mí en esos ojos, algo conocido solo para ella y para la montaña. Yo era joven en ese momento

249 “Thinking about a Mountain”, publicado por primera vez en Leopold (1949).

“Pensar como una montaña” y “Sobre un monumento a la paloma”

Aldo Leopold (Traducido por Celina Sofía Ugrin)



y estaba lleno de ansias por disparar: pensaba que, si menos lobos significan más ciervos, ningún lobo significaría el paraíso de los cazadores. Sin embargo, después de ver el fuego verde extinguirse, sentí que ni la loba ni la montaña estarían de acuerdo con tal visión.

Desde entonces, he vivido para ver a un Estado detrás de otro extirpar a sus lobos. He observado el rostro de muchas montañas recientemente despejadas de lobos y he visto las pendientes que dan al sur arrugarse con un laberinto de nuevos senderos para ciervos. He visto todos los arbustos y vástagos comestibles pastados primero hasta el deterioro obsoleto y luego hasta la muerte. He visto todos los árboles de hojas comestibles defoliados a la altura de la silla de montar. Tal montaña parece como si alguien le hubiese dado a Dios nuevas tijeras de podar y le hubiese prohibido hacer otra cosa. Al final los esqueletos de las deseadas manadas de ciervos, muertos de hambre por su propio exceso, se blanquean con las varillas de salvia muerta o se descomponen bajo el enebro ramoneado bien alto.

Ahora sospecho que, así como una manada de ciervos vive en el temor mortal a sus lobos, una montaña vive en el temor mortal a sus ciervos. Y quizás, con mejor razón, mientras que un ciervo devastado por los lobos puede ser reemplazado en dos o tres años, un prado devastado por muchos ciervos puede que no se recupere en muchas décadas. Así también con las vacas. El vaquero que depura su prado de lobos no se da cuenta de que queda a cargo del trabajo del lobo de reducir la manada para adaptarla al prado. No ha aprendido a pensar como una montaña. He aquí nuestras tierras baldías y nuestros ríos que desaguan el futuro al mar. Todos luchamos por la seguridad, la prosperidad, el bienestar, la longevidad y la sosería. El ciervo se esfuerza con sus ágiles patas; el vaquero, con trampas y veneno; el estadista, con el lápiz; la mayoría de nosotros, con máquinas, votos y dólares, pero todo esto va al mismo lugar: la paz en nuestro tiempo. Cierta dosis de éxito en esto es suficiente y quizás sea un requisito para pensar objetivamente, pero demasiada seguridad parece producir solo peligro a largo plazo. Quizás esto sea lo que hay detrás del dicho de Thoreau: en lo salvaje está la salvación el mundo. Quizás este sea el sentido oculto en el aullido del lobo, tan conocido entre las montañas, pero raramente percibido entre los hombres.

“Sobre un monumento a la paloma”²⁵⁰

Hemos erigido un monumento²⁵¹ para conmemorar el funeral de una especie. Simboliza nuestra pena. Estamos de luto porque ningún hombre vivo verá de nuevo la falange de aves victoriosas que irrumpe en los cielos de marzo abriendo paso a la primavera y echando al derrotado invierno de todos los bosques y praderas de Wisconsin. Todavía viven hombres que recuerdan palomas en su juventud. Todavía viven árboles que fueron sacudidos por un viento con vida en su juventud. Sin embargo, de aquí a una década, solo los robles más antiguos las recordarán y, al final, solo las colinas las habrán conocido.

Habrà siempre palomas en libros y museos, pero estas son efigies e imágenes, muertas para todas las adversidades y todos los deleites. Las palomas de libros no pueden salir de una nube para hacer que un ciervo huya en busca de refugio, ni batir sus alas en un estruendoso aplauso a los bosques abarrotados de árboles. Las palomas de libros no pueden desayunar trigo recién segado en Minnesota ni cenar arándanos en Canadá. No conocen la urgencia de las estaciones, no sienten los besos del sol, ni los azotes del viento y el clima. Viven por siempre sin vivir del todo.

Nuestros abuelos no tenían tan buenas casas, no estaban tan bien alimentados ni tan bien vestidos como nosotros. Los esfuerzos gracias a los cuales mejoraron su terreno fueron también aquellos que nos privaron de las palomas. Ahora estamos de luto quizás porque, en nuestros corazones, no estamos seguros de haber obtenido algo en el intercambio. Los artilugios de la industria nos traen más comodidades de las que nos trajeron las palomas, pero ¿suman lo mismo a la gloria de la primavera?

Hace un siglo desde que Darwin nos ofreció el primer atisbo del origen de las especies. Sabemos ahora lo que era desconocido para todo el desfile de generaciones precedentes: que los hombres son solo compañeros de viaje de otras criaturas en la odisea de la evolución. Este nuevo conocimiento ya nos debería haber dado un sentido de parentesco con las otras cocriaturas, un deseo de vivir y dejar vivir, una sensación de asombro por la magnitud y la duración de la empresa biótica.

Más allá de todo, nosotros deberíamos, a un siglo de Darwin, haber llegado a saber que el hombre, aunque ahora capitán de la nave de aventuras, difícilmente sea el mero objetivo de su expedición, y que sus previas presunciones a tal efecto se desprenden de la simple necesidad de hacer como si hubiera algo que alcanzar y nada que temer. Estas cosas, digo, deberían haber llegado a nosotros. Temo que no han llegado a muchos.

Que una especie llore la muerte de otra es algo nuevo bajo el sol. El hombre del Cromañón que mató al último mamut solo pensó en bifes. El deportista que le disparó a

250 “*On a Monument to the Pigeon*”, extraído de Leopold, A. (1949), publicado por primera vez en Scott W. E. (ed.) (1947) y posteriormente en Leopold, A. (1949).

251 Se refiere al monumento *Passenger Pigeon* (Paloma pasajera), ubicado en *Wyalusing State Park*, Wisconsin, hecho por *Wisconsin Society for Ornithology* (Sociedad de Ornitología de Wisconsin), erigido el 11 de mayo de 1947 con la siguiente inscripción: “Dedicado la última paloma migratoria cazada en Babcock, en septiembre de 1899. Esta especie se extinguió por la codicia y la inconciencia del hombre” [la traducción es nuestra].

“Pensar como una montaña” y “Sobre un monumento a la paloma”

Aldo Leopold (Traducido por Celina Sofía Ugrin)



la última paloma solo pensó en su proeza. El navegante que aporreó a la última alca no pensó en absolutamente nada. Sin embargo, nosotros, que hemos perdido a nuestras palomas, lloramos su pérdida. Si el funeral hubiera sido nuestro, las palomas difícilmente nos hubieran llorado. De hecho, solo en el nailon de Mr. DuPont o las bombas de Mr. Vannevar Bush yace la evidencia objetiva de nuestra superioridad sobre las bestias.

Este monumento, posado como un halcón peregrino sobre este peñasco, divisará este amplio valle, observando los días y los años pasar. Durante muchos marzos observará a los gansos irse mientras le cuentan al río acerca de aguas más claras, más frías y más solitarias en la tundra. Durante muchos abrils observará a los ciclamos ir y venir; y, durante muchos mayos, el rubor de los robles florecidos en miles de colinas. Los patos joyuyos buscarán estos tilos para anidar en las cavidades de sus ramas; las reinitas cabecidoradas sacudirán el polen dorado de los sauces del río. Las garcetas se posarán sobre estas ciénagas en agosto; los chorlitos silbarán desde los cielos de septiembre. Las hojas de octubre crujirán cuando caigan las nueces de pecán y el granizo tintinearán en los bosques de noviembre. Sin embargo, ninguna paloma pasará, porque no hay palomas, excepto esta que, grabada en bronce sobre esta roca, no puede volar. Los turistas leerán esta inscripción pero sus pensamientos no tomarán vuelo.

Los moralistas de la economía nos dijeron que llorar a una paloma es mera nostalgia; que, si los cazapalomas no hubieran acabado con ellas, los granjeros se hubieran visto obligados a hacerlo en defensa propia. Esta es una de esas peculiares verdades que son válidas, pero no por el motivo alegado.

La paloma era una tormenta biológica. Era el rayo que se producía entre dos potencias opuestas de intensidad intolerable: la fertilidad de la tierra y el oxígeno del aire. Año a año, la tempestad emplumada gorjeaba arriba y abajo, y por todo el continente, tragándose los frutos maduros del bosque y la pradera, consumiéndolos en una pasajera ráfaga de vida. Como cualquier otra reacción en cadena, la paloma no pudo sobrevivir a la disminución de su propia intensidad feroz. Cuando los cazapalomas redujeron su cantidad, y los pioneros, talando, crearon vacíos en la continuidad de su combustible, el estallido de palomas a duras penas chisporroteó como un destello o incluso como un hilo de humo.

Hoy los robles todavía presumen sus frutos en el cielo, pero no está más el rayo cubierto de plumas. Los gusanos y los gorgojos ahora deben desempeñar lentamente y en silencio la tarea biológica que antes provocaba el trueno en el firmamento. Lo sorprendente no es que la paloma se haya extinguido, sino que haya sobrevivido a través de todos los milenios de la era prebabitiana.

La paloma amó su tierra: vivió gracias a la intensidad de su deseo de racimos de uva y brotes de hayucos, y a su desprecio por las millas y las estaciones. Lo que sea que Wisconsin no le ofreció gratuitamente un día, ella lo buscó y encontró al otro en

“Pensar como una montaña” y “Sobre un monumento a la paloma”

Aldo Leopold (Traducido por Celina Sofía Ugrin)



REVISTA LATINOAMERICANA DE
Estudios Críticos Animales

Michigan, Labrador o Tennessee. Su amor era por cosas presentes y estas cosas estaban presentes en algún lugar. Para encontrarlas solo requirió el cielo libre y la voluntad de desplegar sus alas.

Amar lo que había es algo nuevo bajo el sol, desconocido para la mayoría de las personas y para todas las palomas. Ver América como historia, concebir el destino como un devenir, sentir en el aroma de un pacano el silencioso lapso de las edades: todas estas cosas son posibles para nosotros y lograrlas nos toma solo el cielo libre y la voluntad de desplegar nuestras alas. En estas cosas, y no en las bombas del Sr. Bush ni en el nailon del Sr. DuPont, yace la evidencia objetiva de nuestra superioridad sobre las bestias.

Bibliografía

Scott W. E. (ed.) (1947) *Silent Wings*. Wisconsin Society for Ornithology. Wisconsin.

Leopold, A. (1949) *A Sand County Almanac and Sketches Here and There*. Oxford University Press. Oxford (2017). *Oxford Dictionary*. Recuperado de: <https://www.oxforddictionaries.com/>

CELINA SOFÍA UGRIN

Licenciada en Letras Clásicas (UNC). Becaria doctoral de CONICET (UNC-IDH). Adscripta de la cátedra Filología Latina I y II (UNC) y de la cátedra Lengua y Literatura Latina II (UNSJ). Integrante del proyecto de investigación “Tipologías de la intertextualidad en la literatura latina” (SeCyT-UNC). Su investigación se centra en la influencia de la fisiognomía etnológica, patognómica y zoológica en *Metamorfosis* de Apuleyo. Paralelamente, se dedica a la traducción completa de *A Sand County Almanac*, de Aldo Leopold, la publicación de estos dos textos es parte de dicho trabajo.